

**ROY WAGNER***La Invención de la Cultura.*

Traducción y prólogo de Pedro Pitarch

MADRID: Nola editores**AÑO:** 2019**PÁGINAS:** 334**ISBN:** 978-84-947085-4-1**ION FERNÁNDEZ DE LAS HERAS / UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID****Reseña**

La publicación de esta traducción de Pedro Pitarch de *The Invention of Culture* constituye un verdadero acontecimiento editorial; un acto de justicia para quien se dedica a la antropología en este país, que llega con 45 años de retraso. Para celebrarlo, ofrezco una reseña muy simple, al menos en su estructura. Considero que los múltiples y profundos efectos que ha tenido esta obra en la antropología contemporánea están suficientemente bien documentados —incluso por el prólogo de Pitarch en este libro—, de modo que no me perderé en ellos. Tampoco haré un alegato sobre lo recomendable de su lectura, cosa que me parece sencillamente indispensable. Y, definitivamente, no resumiré punto por punto el desarrollo del texto y sus desdoblamientos temáticos. Lo que aquí propongo es un ejercicio de exposición de los dos conceptos fundamentales de la obra —«cultura» e «invención»— a partir de los propios términos que maneja Wagner; se trata de una breve exploración que funcione como introducción a la complejidad, la densidad y la profunda novedad (incluso, o especialmente, para los tiempos que corren) de uno de los pares conceptuales más necesarios de la antropología del siglo XX.

Pues bien, comenzaré por establecer de forma sintética que para Wagner no hay duda de que la *cultura* no es «una “cosa” objetiva» (p. 77). La cultura no es algo estable, externo al sujeto, que se aprehende. La cultura es *relativa*, en el sentido de que es una relación productiva, o la pro-

ducción situada de una relación. Esa relación es la *invención*: la cultura, diremos por el momento, es cada resolución metaestable que un punto de vista produce (inventa) en su relación con los otros.

Para ejemplificar esto tal y como lo hace el libro, tomemos por un momento a un individuo de una cultura A que observa una cultura B. Si concebimos que la cultura es algo en sí mismo, que está ahí —cosa que Wagner no hace, pero que sí estaría en consonancia con los culturalismos más convencionales—, podríamos decir que el observador (A) captura intelectualmente fragmentos de la cultura B y los interpreta desde su cultura A, sin abandonarla. Es como si por el hecho de haber nacido en el seno de la cultura A el observador comprendiese todo de ella (su propia cultura), de modo que todas sus acciones fuesen efecto de ese conocimiento; mientras que apenas podría reconocer partes de la cultura B por no estar socialmente integrado en ella. Nada más lejos. Para Wagner la cultura en la que uno está sumido «*es y no es la cultura propia del inventor*» (p. 79); es fruto de una constante actualización inventiva, no de una aprehensión progresiva. A medida que nos educamos en nuestra cultura, no estamos absorbiendo más y más de ella —ya que, si la cultura fuese objetiva, «*su aprendizaje sería igual para todas las personas*» (p. 77)—, sino que la estamos inventando más y más al reinventarla y hacerla actual en nosotros (por medio de nuestros actos y su reflexividad) «*desde una posición particular*» (p. 154). De ese modo, «*la invención es siempre un tipo de ‘aprendizaje’, y aprender es inevitablemente un acto de invención o reinversión*» (p. 154). Vista así, la cultura es una relación productiva inmanente, de modo que lo que el observador hace es inventar la cultura B mientras se reinventa a sí mismo (y reinventa su cultura A) a través de ella, produciendo una resolución productiva (una *transducción*) de ambas. El antropólogo «*debe apropiarse de ella [la otra cultura] para poder experimentar una transformación de su propio mundo*» (p. 78) y, viceversa, tiene que transformar su propio mundo como captura inventiva de la cultura-otro: «*al convertir lo extraño en algo familiar siempre hace de lo familiar algo un poco extraño. Y cuanto más familiar se vuelve lo extraño, más extraño resultará lo familiar*» (p. 81).

Gregory Bateson, uno de los referentes más reconocidos por Wagner en esta obra, mencionó en más de una ocasión una cuestión a propósito de la visión binocular que puede ayudarnos con el anterior ejemplo. Bateson se preguntaba: «*¿qué se gana al comparar los datos recogidos por un ojo con los recogidos por el otro?*» (Bateson, 2011) (p. 82). Ambos ojos, diría, «*apuntan a la misma región del universo circundante*», pero cada uno lo hace desde una posición. La imagen binocular, aunque parece indivisa, «*es de hecho una compleja síntesis de información*» entre

ambos hemisferios (p. 82). Esto genera, al menos, dos ventajas perceptivas: por un lado, una mejora en la recepción «*de bordes y contrastes*», y por otro, y lo más importante, crea la profundidad; «*la diferencia entre la información suministrada por una retina y la suministrada por la otra es en sí misma información* de un tipo lógico diferente. *A partir de esta nueva clase de información, la persona agrega una dimensión adicional a su visión*» (p. 83). La profundidad, en definitiva, es la síntesis metaestable de un trabajo de compatibilización inmanente entre dos miradas o puntos de vista dislocados. Wagner intenta proponernos algo parecido acerca de la relación entre culturas, pero en su caso hay un grado más de complejidad, si bien los puntos de vista se dirigen el uno al otro y en ningún momento hay una síntesis de conjunto, sino un constante reajuste problemático.

Pues bien, decir que la cultura existe únicamente como coproducción problemática entre puntos de vista —«*una especie de metamorfosis, un esfuerzo de cambio continuo y progresivo en nuestras formas y posibilidades culturales provocado por el interés de entender a otras personas*» (p. 81)—, esto es, decir que no hay una resolución de conjunto que trascienda a la producción de cada punto de vista (como lo haría Durkheim en sus estudios morales), sino únicamente resoluciones metaestables que cambian antes de llegar a ser algo, es afirmar que la cultura no es más que una tensión, una relación *simbiopoiética* inmanente entre puntos de vista dislocados. No hay cultura más allá de esto; no hay cultura fuera de la inmanencia que opera la «*actualización inventiva*» (p. 78). «*La cultura es lo que se hace de ella*» (p. 321), de modo que NO existe la cultura como fenómeno universal y «*es secundario preguntarse si las culturas existen realmente*» (p. 80); solo nos interesa su producción; solo la invención. Ahora bien, «*la antropología es el estudio del hombre “como si” existiera la cultura*» (p. 80). «*El estudio de la cultura es cultura*» (p. 89), concretamente «*nuestra cultura*» (p. 89). La cultura es para el antropólogo «*un modo de describir a otros tal y como nos describiríamos a nosotros mismos*» (p. 113); es, al fin y al cabo, «*la suma de los esfuerzos*» del occidental por «*situar las cosas en una relación ordenada y consistente*» (p. 208). De esta manera, el antropólogo «*supone*» (p. 106) y «*reifica*» (p. 107) la cultura del otro a partir de nuestros términos, pero al lidiar con las discrepancias genera un extraño ajuste por retroalimentación, rehaciendo «*su invención hasta que las analogías parezcan apropiadas o “precisas”*» (p. 83).

Todo esto no debe resultar extraño para quien esté acostumbrado a las constantes paradojas de Wagner. Puede decirse que su libro gira en torno a un aspecto, la cultura, que se diluye y deja de existir a lo largo del texto para remitir únicamente al «*aspecto más crucial de nuestra com-*

preensión de otras culturas» (p. 121): la invención. En un determinado momento de la narración, la cultura, así como la idea de un yo individual, se convierten, de hecho, en lastres analíticos, «*un mal punto de referencia para entender a las personas que consideran sus convenciones como innatas*» (p. 218). Lo que nos lleva a un lugar de no retorno en antropología: «*hasta que nuestra invención de otras culturas no sea capaz de reproducir, al menos en principio, el modo en que esas culturas se inventan a sí mismas, la antropología no podrá adecuarse a su papel mediador ni a sus propósitos declarados*» (p. 113). Wagner reclama así la necesidad de que la antropología introduzca en su quehacer un *plano de simetría* para que esta se convierta en una «*antropología inversa*» (p. 114). Eso quiere decir que, así como para la etnometodología todo agente social es en cierto modo un sociólogo¹, para Wagner «*todos los seres humanos, dondequiera que estén*», pueden ser considerados «*como “trabajadores de campo” que controlan el choque cultural de las experiencias cotidianas*» (p. 122), es decir, que lejos de ser un «*autómata social*» (p. 193), «*todo ser humano es un “antropólogo”*» (p. 193).

Una última cuestión. Para Wagner la invención no se da sin más, aisladamente y de forma espontánea, en el mundo. La invención participa relacionamente de algo que él llama *contexto*. Un contexto remite a la convención de un tejido de signos cuyo grado de asociación, aunque variable, se actualiza de forma constante. Y es que los signos y sus significados, lejos de ser estáticos y objetivos (para Wagner la denotación absoluta no puede existir), son «*producto de las relaciones*» (p. 127). Estos se encuentran siempre asociados a otros signos (Peirce, quien es ocasionalmente citado por Wagner, probablemente hablaría en este caso de *interpretancia*) de manera más o menos recurrente, en enmarañados o contextos. Cuanto más reconocible (o recurrente) es tal o cual enmarañado de signos, más se puede hablar de un contexto «*convencionalizado*» (p. 129); por eso digo que un contexto remite a la constante convencionalización (y desconvencionalización, podríamos decir) de conjuntos asociados de signos:

[...] la invención cambia las cosas y la convención descompone estos cambios en un mundo reconocible. Pero ni las distinciones de la convención ni las operaciones de la invención pueden identificarse con algún ‘mecanismo’ fijo den-

1 Según Garfinkel (2006), la sociología convencional hace del agente social un idiota cultural, de modo que su propuesta, a grandes rasgos, consistiría en la necesidad de prestar atención a la problematización social que cada agente produce en el desarrollo de la interacción social. La teoría etnometodológica, cuya posterior influencia en la antropología simétrica latouriana es más que conocida, es citada por el propio Wagner en la introducción y se hace sentir en diversos momentos del texto.

tro de la mente humana o con algún tipo de 'estructura' superorgánica impuesta a la situación humana. Todo lo que tenemos es simplemente un conjunto de ordenamientos y articulaciones, más o menos convencionalizados para cada actor, que la acción nos presenta en términos absolutos como innato y artificial, convencional y no convencionalizado. Participamos en ese mundo a través de sus ilusiones y como ilusiones (p. 151).

Esto significa que el actor social «*siempre se ubica en alguna relación con la convención*» (p. 233), pero en ningún momento es absorbido por ella, como en cierto modo ocurre en el modelo durkheimiano del individuo/sociedad. Para Wagner, «*sea implícita o explícitamente, la convención se reinventa una y otra vez en el curso de la acción*» (p. 235), de modo que es la interacción la que, generando nuevos «desvíos» de menor o mayor intensidad con respecto a la convención, puede lograr cambios convencionales significativos en caso de que llegue a alterar «*la distinción entre lo que es innato y lo que es artificial*» (p. 236). Lo social, al fin y al cabo, es fruto de una dialéctica (en sentido clásico) entre la *invención* y la *convención* cultural, o, dicho de otro modo, entre la *diferenciación* y la *colectivización* semióticas. En definitiva, frente a las ilusiones de la «cultura» (caps. 1 a 3), del «yo» (cap. 4), de la «sociedad» (cap. 5) o del «hombre» (cap. 6) trascendentes, Wagner llama la atención sobre el hecho de que la realidad cultural se da en la inmanencia del devenir, en las inflexiones de los flujos inventivos. Es ahí donde los encuentros se dan y se conciben, donde las realidades (tanto subjetivas como objetivas) se instituyen, donde las cosas y los signos se asocian y se divorcian y donde los conceptos se reproducen y se tergiversan; es ahí, en definitiva, donde el nicho epistemológico que remite a lo etnográfico adquiere su propia dimensión.

Referencias

- Bateson, G. (2011) [1979]. *Espíritu y Naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.
 Garfinkel, H. (2006) [1968]. *Estudios en Etnometodología*. Barcelona: Anthropos.